

ban los vasos al rededor de la mesa, y como los elogios del vino exquisito se interpolaban con aquellos principios de jurisprudencia económica, las palabras más frecuentes y más sonoras que se distinguían eran *ambrosia* y *ahorcarlos*.

Entre tanto, D. Rodrigo echaba de cuando en cuando ciertas miradas al padre Cristóbal, y le veía inmóvil y firme sin dar la más mínima señal de impaciencia ni de prisa, y sin hacer movimiento alguno que propendiese á indicar que estaba allí aguardando; pero sí con semblante de no querer marcharse sin ser oído.

De buena gana le hubiera enviado á pasear; pero despedir á un capuchino sin haberle oído, no entraba en las reglas de su política. En el supuesto, pues, de que no era posible evitar aquella incomodidad, resolvió salir presto del paso: se levantó de la mesa con toda la comitiva, sin que cesase la gritería; pidió licencia por un momento á los convidados, se acercó con mesurado continente al Capuchino que también se había levantado, y le dijo:

— Padre, estoy á las órdenes de usted.

Y le condujo consigo á otra pieza.

CAPÍTULO VI

— ¿En qué puedo servir á usted? — dijo D. Rodrigo plantándose en medio de la sala, y aunque las palabras fueron; estas, el tono con que las pronunció daba claramente á entender que mirase con quién hablaba, que pesase bien las palabras y que despachase.

Para animar á nuestro fray Cristóbal no había medio más seguro ni más expedito que el de apostrofarle con altivez; y, efectivamente, mientras estaba suspenso buscando las palabras y pasando entre los dedos las cuentas del rosario, que

tenía colgado de la cintura, como si buscase en alguna de ellas el exordio de su discurso, al ver aquel modo de D. Rodrigo, le ocurrieron más expresiones de las que necesitaba; pero pensando luego cuánto importaba no echar á perder su asunto, ó por mejor decir, el ajeno, corrigió y templó las frases que le habían ocurrido, y dijo con meditada humildad:

— Vengo á proponer á V. S. un acto de justicia, y á pedirle una caridad. Algunos hombres de depravada conducta han comprometido el nombre de V. S. para intimidar á un pobre cura, é impedirle que cumpla con su obligación en perjuicio de dos inocentes. V. S. puede con una sola palabra desmentir á los malvados, restablecer el orden, y reanimar á aquellos á quienes se hace semejante extorsión. V. S. lo puede, y pudiéndolo, la conciencia, el honor...

— Usted, Padre, me hablará de mi conciencia — interrumpió D. Rodrigo — cuando vaya á pedirle consejo: por lo que toca al honor, tenga entendido que es cuidado que á mí solo me pertenece, á mí únicamente, y que cualquiera que pretenda tomar parte en él es un atrevido que lo ultraja.

Convencido fray Cristóbal de que D. Rodrigo tomando pie de sus palabras trataba de dar otro giro al asunto con tergiversaciones, se empeñó todavía más en sufrir, y resuelto á tolerar cuanto aquel altanero quisiese decirle, respondió con la mayor sumisión:

— Si acaso se me ha escapado alguna expresión que pueda desagradar á V. S., crea que ha sido sin intención. Corrígame, pues, y repréndame si no sé hablar como conviene; pero dignese escucharme. Por amor de Dios, de aquel Dios, ante cuya presencia hemos de comparecer todos... (diciendo esto, tenía en la mano la calavera de hueso pendiente del rosario) no se obstine en negar una justicia tan fácil y tan debida á unos infelices. No olvide que Dios tiene los ojos sobre ellos, y que allá arriba se escuchan sus imprecaciones: la inocencia es muy poderosa, y...

— Vamos, Padre, — interrumpió con énojo D. Rodrigo: — el respeto que me merece su hábito es muy grande; pero si

alguna cosa pudiese hacer que lo olvidase, sería el verle puesto en una persona que se atreviese á venir á hacer de espía en mi propia casa.

Encendieron estas palabras el rostro del religioso; pero con semblante de quien traga una amarguísima pócima, replicó:

— Ese título de ningún modo me conviene. Bien conoce V. S. en su interior que esta acción no es ni vil ni despreciable. Señor D. Rodrigo, escúcheme V. S., y quiera el cielo que no



Á semejante propuesta, la indignacion del religioso...

tenga que arrepentirse de no haberme escuchado. No haga estribar su gloria... ¡ qué gloria! V. S. es poderoso aquí abajo; pero...

— ¿Sabe usted, — interrumpió D. Rodrigo con impaciencia y con ira, — sabe usted que cuando se me antoja oír un sermón sé irme á la iglesia como los demás? Pero ¡ en mi casa! — continuó con risa sardónica. — ¡ en mi casa! usted me encumbra demasiado. ¡ Predicador en mi casa! Sólo le tienen los príncipes.

— Y aquel Dios que pide cuenta á los príncipes de las palabras que envía á sus oídos en sus mismos palacios; aquel Dios que ejerce ahora para con V. S. un acto de misericordia enviando uno de sus ministros, indigno, miserable, pero ministro suyo, á suplicar por una inocente...

— En una palabra, Padre, — dijo D. Rodrigo en ademán de marcharse, — yo no comprendo lo que usted me habla; entiendo sólo que debe haber alguna mozueta que le interese mucho. Vaya, pues, á confiárselo á otros, y no se tome la libertad de importunar así á un caballero.

— Me intereso, es verdad, — replicó el Padre, poniéndose delante de D. Rodrigo, y alzando las manos en aire de súplica y con el objeto de detenerle; — me interesan entrambos más que si fuesen mi propia sangre. Señor D. Rodrigo, yo nada puedo hacer en favor suyo, sino rogar á Dios por ellos, y lo haré con todo mi corazón. No me niegue V. S. esta gracia: no quiera prolongar las angustias de aquellos inocentes; con una palabra suya todo está acabado.

— Pues bien, — replicó D. Rodrigo; — ya que usted cree que yo puedo hacer mucho por esa persona; ya que tanto le interesa. aconséjela usted que venga á ponerse bajo mi protección; nada le faltará entonces, y le doy mi palabra de honor que nadie se atreverá á molestarla.

Á semejante propuesta, la indignacion del religioso, reprimida hasta entonces, rompió los diques. Desvaneciéronse todos los propósitos de sufrimiento y paciencia: el hombre antiguo se halló de acuerdo con el hombre nuevo, y en este caso fray Cristóbal valía por dos.

— ¡ Vuestra protección! — exclamó, retirándose dos pasos atrás y apoyándose sobre el pié derecho, puesta la mano izquierda en la cadera; y levantando la derecha hácia el caballero con el índice extendido, clavó en él los ojos, y arrojando fuego por ellos, repitió: — ¡ Vuestra protección! Basta ya; con esa infame propuesta llegó al colmo la medida de vuestros excesos, y ya ningún miedo me inspiráis.

— ¿ Qué es lo que hablas, fraile imprudente?

— Hablo, como se habla á una persona dejada de la mano de Dios. ¡ Vuestra proteccion ¡ Ya sabía yo que Dios había tomado bajo la suya á la inocente Lucía. Ya veis cómo pronuncio su nombre sin reparo alguno, con frente serena, con ojos impávidos.

— ¡ Cómo ! ¿ en mi casa ?...

— Tengo lástima de esta casa : sobre ella está pendiente la



El Padre cerrando tras sí la puerta.

maldicion del Todopoderoso. Sería de ver que la justicia de Dios respetase cuatro paredes y cuatro asesinos... ¿ Cómo podéis creer que Dios ha hecho una criatura á imágen suya para daros el derecho de atormentarla ? ¿ Pensabais que Dios no sabría defenderla ? Habéis despreciado su aviso, y vos mismo habéis pronunciado vuestra sentencia. Endurecido estaba como el vuestro el corazón de Faraon, y Dios supo hacerle pedazos. Lucía está libre de vuestras asechanzas, yo

os lo aseguro, yo miserable fraile ; y por lo que á vos toca, oid lo que es pronostico ; un día...

Hasta entónces había quedado inmóvil D. Rodrigo entre la rabia y el asombro ; pero cuando oyó comenzar una prediccion, se agregó en él á la ira un remoto y misterioso terror : agarró con furor la mano amenazadora del capuchino, y levantando la voz para acallar la del infausto profeta, gritó :

— ¡ Ea pronto ! Quitate de mi presencia, villano insolente.

Estas palabras dejaron extático al padre Cristóbal. Á las ideas de amenaza y de villanía estaban en su mente de tal modo asociadas las de humildad y silencio, que al oír aquel apóstrofe se apagó en un momento el fuego de su enojo y de su entusiasmo, sin quedarle otra accion que escuchar sumisamente cuantos improperios quiso añadir don Rodrigo. Al fin, retirando la mano con mesura de entre los dedos del caballero, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, como al ceder el viento en lo más fuerte de una borrasca, aquietada y compone naturalmente sus ramas un árbol antiguo, y recibe la granizada como el cielo se la envía.

— Vete de aquí, — prosiguió D. Rodrigo, — y dá gracias al sayal que te cubre.

Así diciendo, le señaló con desprecio una puerta opuesta á la que le sirvió de entrada. El Padre inclinó la cabeza y se fué cerrando tras sí la puerta, cuando vió en aquella estancia escurrirse un hombre rozándose con la pared, como para no ser visto desde la sala anterior, y conoció que era el criado viejo que le abrió la puerta de la calle. Hacía cuarenta años que este hombre vivía en la casa, esto es, ántes que naciera D. Rodrigo, habiendo entrado á servir á su padre, persona de carácter enteramente distinto. Á su muerte, el nuevo amo despachó á toda la familia, renovándola con otra gente ; sin embargo, conservó aquel criado, ya por ser viejo, ya porque aunque de índole y costumbres diferentes de las suyas, recompensaba esta falta con dos cualidades de que hacía D. Rodrigo gran caso, y eran que tenía en gran concepto la dig-

idad de su casa, y una gran práctica del ceremonial, cuya tradicion y particularidades mínimas conocia más que otro alguno. El pobre viejo jamas se hubiera atrevido en presencia de su amo ni siquiera á indicar la menor desaprobacion de lo que á cada paso veía, y sólo de cuando en cuando prorumpía en exclamaciones y alguna reconvencion entre dientes á sus compañeros que muchas veces se burlaban de él, divirtiéndose en provocarle á que echase algun sermon en alabanza de los antiguos usos del palacio. Con esto sus censuras nunca llegaban á oídos del amo, sino acompañadas de la relacion de la burla que se hacía de ellas, por manera que áun para él eran un objeto de mofa sin resentimiento : y luégo, en los dias de convite, el viejo era el hombre de más importancia.

Miróle al pasar fray Cristóbal, le saludó, y continuaba su camino, cuando el viejo se acercó á él misteriosamente, se puso el índice en los labios, luégo con el mismo índice le hizo una seña para que entrase en un corredor oscuro : allí le dijo con voz baja que todo lo habia oido, y que tenia que hablarle.

— Diga usted, pues, buen hombre — respondió el Padre.

— Aquí, no, señor, — replicó el viejo; ¡ Dios me librara de que el amo lo advirtiese! Pero yo podré saber muchas cosas, y mañana iré al convento...

— ¿ Hay algun plan ?

— Algo hay sin duda : he llegado á conocerlo ; pero ahora estaré sobre aviso y lo sabré todo. Descuide usted, Padre... Veo cosas... ¡ Qué cosas !... ¡ Estoy en una casa !... yo lo que quiero es salvar mi alma.

— Dios bendiga á usted, — dijo fray Cristóbal ; y profiriendo estas palabras, puso la mano sobre la cabeza del criado que, aunque más viejo, estaba inclinado delante de él con la sumision de un niño. — Dios se lo pagará á usted, — continuó el Capuchino ; — pero no deje de ir mañana.

— Iré sin falta, — contestó el viejo : — pero usted márchese al instante, y por Dios no me descubra.

Y acechando alrededor, salió por el otro lado del corredor á una sala que caía al patio. Viendo que el campo estaba

libre, llamó al Padre, le indicó la puerta principal, y el Capuchino salió sin hablar palabra.

Por lo visto, este criado habia estado escuchando á la puerta. ¿ Y habia hecho bien ? ¿ Hacía bien el padre Cristóbal en alabarle por eso ? Segun las reglas generales y comunes, la accion es reprehensible ; pero ¿ no podia ser aquel un caso exceptuado ? ¿ Y hay excepciones para las reglas generales de moralidad ? Estas cuestiones las resolverá el lector si quiere. Nosotros no tratamos de exponer nuestra opinion ; nos limitamos á referir los hechos.

Viéndose el Padre en la calle, y vueltas las espaldas á aquella caverna, respiró con más libertad, bajando aceleradamente la cuesta con la cara encendida, y con grande agitacion interior, de resultas de lo que habia oido y visto. Pero no dejaba de alentarle el ofrecimiento del criado, pareciéndole que con esto el cielo le habia dado una prueba visible de su proteccion.

— Este es un hilo — decia para sí — que pone en mis manos la Providencia en esa misma casa, sin que yo ni remotamente lo buscase.

Discurriendo de esta manera, levantó los ojos hácia el Occidente, y viendo que el sol se aproximaba á la cumbre de la montaña, advirtió que quedaban pocas horas de dia. Entónces, aunque quebrantado por las fatigas de aquella jornada, apresuró el paso para llevar una razon cualquiera á sus protegidos, y llegar al convento ántes que anocheciese, que era una de las reglas que se observaban con más rigor en los conventos de su órden.

En este intermedio se habian propuesto y ventilado en la casilla de Lucia ciertos proyectos, de que es necesario informar á nuestros lectores. Despues de haber salido el religioso, quedaron algun tiempo sin hablar los tres individuos restantes. Lucia preparaba tristemente la comida ; Lorenzo indeciso trataba de marcharse á cada instante por no verla afligida, y no sabia separarse de ella ; Ines, ocupada al parecer con su devanadera, estaba madurando en su mente un pensa-

miento, y cuando le pareció haberlo combinado todo, rompió el silencio en estos términos :

— Hijos míos, escuchad : si tenéis el ánimo y la maña que se necesita, y queréis fiaros de vuestra madre, yo me prometo sacaros del atolladero, mejor, y quizá más presto que fray Cristóbal, á pesar del hombre que es.

Lucía quedó parada y miró á su madre de un modo que más expresaba admiracion que confianza; pero Lorenzo dijo inmediatamente :

— Una vez que sólo se necesita ánimo y destreza, diga usted pronto lo que hay que hacer.

— ¿No es cierto — prosiguió Ines — que si estuviésemos casados, ya habria mucho adelantado, y que á todo lo demas se le encontraría remedio ?

— No queda duda, — dijo Lorenzo; — ¡ah! ¡cómo estuviésemos casados! En fin, todo el mundo es país, y á dos pasos de aquí, en el territorio de Bérgamo, reciben con los brazos abiertos á cualquiera que trabaje en seda. ¿Sabéis cuántas veces Bartolo, mi primo Bartolo, me ha escrito me fuera allá con la certeza de que haría fortuna, como la ha hecho él? Nunca hice caso, porque tenía aquí el corazón. Una vez casados, nos iríamos todos juntos : pondríamos casa allí, y viviríamos en santa paz, lejos de las garras de ese bribon, y lejos de la tentacion de hacer un desatino. ¿No es verdad, Lucía ?

— Sí, — dijo Lucía; — pero ¿cómo?...

— ¿Cómo? Yo diré — replicó Ines. — ¡Ánimo y maña! y la cosa es fácil.

— ¿Fácil? — dijeron Lucía y Lorenzo á la vez.

— Fácil, como se sepa hacer — prosiguió Ines. — Escuchad, y lo comprenderéis vosotros mismos. He oido decir á personas que lo saben, y yo misma he visto un caso, que para hacer un casamiento es precisamente necesario el cura; pero no es necesario que quiera, pues basta que se halle presente.

— ¿Cómo es eso? — preguntó Lorenzo.

— Escucha y lo oirás — prosiguió Ines. — Conviene tener

prontos dos testigos muy ladinos y bien impuestos. Se busca al cura; la dificultad consiste en cogerle descuidado, y que no pueda escaparse. El novio dice : « Señor cura, esta es mi mujer ; » y la novia dice : « Señor cura, este es mi marido » Es preciso que el cura y los testigos lo oigan bien, y el casamiento queda hecho, y tan válido como si lo hubiera hecho el Papa en persona. Dichas estas palabras, por más que el cura chille, que alborote, que se dé al diablo, no hay remedio, sois marido y mujer.

— ¿Será posible? — exclamó Lucía.

— ¿Cómo? — dijo Ines, — ¿conque entreinta años que estoy en el mundo ántes que vosotros, no habré aprendido nada? La cosa es como os la digo ; por más señas, que una amiga mia que queria casarse con uno contra la voluntad de sus padres, consiguió de esta manera su intento. El cura, que tenía sospechas, estaba sobre aviso ; pero los dos diablillos hicieron la cosa con tanta maña, que le cogieron descuidado; dijeron las palabras, y quedaron casados, aunque la pobrecilla se arrepintió luégo á los tres dias.

La cosa, en efecto, sucedia como la pintaba Ines. Los casamientos contraídos de este modo eran entónces, y fueron hasta nuestros dias, considerados como válidos; pero como no acudian á semejante expediente sino las personas que encontraban obstáculo por la vía ordinaria, los curas procuraban evitar semejante cooperacion forzada, y cuando alguno de ellos se veía sorprendido por una de tales parejas con sus testigos, buscaba todos los medios para zafarse como Proteo de las manos de los que querian obligarle á vaticinar por fuerza.

— ¡Si fuera eso verdad, Lucía! — dijo Lorenzo mirándola como quien espera una respuesta satisfactoria.

— ¿Cómo si fuera verdad? — replicó Ines : — ¿tú tambien crees que yo cuento patrañas? Yo me afo por vosotros, y vosotros no me dais crédito; pues bien, componeos como podáis, que yo por mi parte me lavo las manos.

— ¡Ah, no! no nos abandone usted, — exclamó Lorenzo —

¡ Digo esto porque el recurso me parece tan demasiado bueno ! Me pongo, pues, en sus manos como si fuera mi verdadera madre.

Disiparon estas palabras el enfado momentáneo de Inés, la cual olvidó un propósito que seguramente no fué sino de boca.

— Pero, madre, — preguntó Lucía con su modesta sumision : ¿ por qué no le habrá ocurrido eso al padre Cristóbal ?

— Sí, le habrá ocurrido, — respondió Ines : — vaya si le habrá ocurrido ; pero no habrá querido decirlo.

— Pero ¿ por qué ? — preguntaron á la vez los dos jóvenes.

— ¿ Por qué ?... ¿ por qué ? — dijo Ines : — ya que queréis saberlo, porque los religiosos dicen que no es bien hecho.

— ¿ Cómo puede ser que la cosa no esté bien, ni esté bien hecha, cuando está hecha ? — dijo Lorenzo.

— ¿ Qué quieres que yo te diga, — respondió Ines. — La ley la han hecho otros á su antojo, y nosotros los pobres nada entendemos de eso. Y luego cuántas veces... Mira, es lo mismo que soplarle á un pobre diablo un puñetazo : ello no es bien hecho, pero dado ya, ni el Pontífice se lo puede quitar de encima.

— Si es cosa mala, — dijo Lucía, — no debe hacerse.

— ¿ Qué ? — dijo Ines : ¿ acaso te querré yo dar un consejo contra la ley de Dios ? Si fuera contra la voluntad de tus padres, para casarte con un mala cabeza, ya lo entiendo ; pero estando yo contenta, y para casarte con este muchacho y oponerse á la violencia de un bribon... quizá el mismo señor cura...

— Vaya, — interrumpió Lorenzo, — la cosa es más clara, vaya, que la luz del sol.

— No conviene — continuó Ines — hablar de eso al padre Cristóbal ántes de hacer la cosa ; pero hecha y logrado el intento, ¿ qué piensas tú que dirá el Padre ? Te dirá : « Hija mía, el desliz ha sido gordo, pero ya está hecho. » Los religiosos deben hablar así ; pero no dudes de que en su interior se alegrará mucho.

Lucía, sin encontrar qué responder á semejante-razonamiento, no parecía muy satisfecha ; pero Lorenzo, enteramente alentado, dijo :

— Siendo así, la cosa está concluida.

— Poco á poco, — dijo Ines : — ¿ y los testigos ? ¿ Y el modo de coger descuidado al señor Cura, que hace dos días que no sale de casa ? ¿ Y detenerle ? que aunque es algo pesado, al veros, y al conocer vuestra intencion, se pondrá más ligero que un gato, y escapará como el demonio del agua bendita.



Le halló haciendo una polenta.

— Ya he encontrado yo el medio ; ya lo he encontrado, — dijo Lorenzo, pegando una puñada tan fuerte en la mesa, que hizo saltar los platos dispuestos para la comida.

Y expuso en seguida su pensamiento, que aprobó Ines en todas sus partes.

— Estos son embrollos, — dijo Lucía, — no son cosas bien hechas. Hasta ahora hemos obrado bien ; sigamos adelante

con fe, que Dios nos ayudará. Lo ha dicho fray Cristóbal; oigamos ántes su parecer.

— Déjate gobernar por quien sabe más que tú, — contestó Ines con gravedad. — ¿Qué necesidad hay de pedir parece á nadie? Dios dice: ayúdate, que yo te ayudaré. Al Padre se lo contaremos todo despues.

— Lucía, — dijo Lorenzo, — ¿qué timidez es esa? ¿No hemos procedido hasta aquí como buenos cristianos? ¿No debía estar ya celebrado el matrimonio? ¿No nos habia señalado el señor Cura el dia y la hora? ¿Quién tiene, pues, la culpa, si nos ayudamos con un poco de maña? No, no creo que me faltes. Vóime, y vuelvo con la respuesta.

Y saludando á Lucía con tono de súplica, y á Ines con semblante de satisfaccion, se marchó apresuradamente.

Suele decirse que los apuros aguzan el ingenio, y Lorenzo, que en el curso regular de su vida no se habia hallado hasta entónces en necesidad de afilar el suyo, discurrió en esta ocasion una treta capaz de honrar á cualquier jurisconsulto de aquella época. Con efecto, marchó en derechura á buscar á cierto amigo suyo llamado Antoñuelo, y le halló haciendo una *polenta*; su madre, su hermana y su mujer estaban sentadas á la mesa, y tres ó cuatro niños en pié tenian los ojos clavados en el perol, esperando con ansia que lo quitasen del fuego. Miéntras Lorenzo trocaba los saludos con la familia, volcó Antoñuelo sobre la mesa de pino la *polenta*, cuya mole no estaba en razon del número de los individuos de que se componia la familia, ni de su apetito, sino en la de los tiempos. Sin embargo, las mujeres convidaron á Lorenzo con el cumplimiento de « ¿usted gusta? » que usan siempre los aldeanos de la Lombardia, cuando se presenta alguno en hora en que están comiendo.

— ¡Gracias! — contestó Lorenzo; — sólo venia á hablar dos palabras con mi amigo; y si quieres, Antoñuelo, para no molestar á tu gente, iremos á comer juntos á la hosteria, y allí hablaremos.

Gustoso aceptó Antoñuelo el convite, y tampoco le puso

mala cara la familia, viendo disminuirse el número de los concurrentes á la comida. El convidado, sin preguntar más, se salió con Lorenzo á la calle.

Llegados á la hosteria, y sentados con toda comodidad solos á una mesa, pues la miseria habia ahuyentado de aquel sitio á todos los glotones, mandaron traer lo poco que habia que comer; y apurado un jarro, Lorenzo en ademan misterioso dijo á su amigo:

— Si tú quieres hoy hacerme un favor, yo te haré otro bien grande.

— Dispon de mí como quieras; en el fuego me meteré por tí.

— Tú debes veinticinco libras al señor Cura por el arrendamiento del campo que labraste el año pasado.

— ¡ Ah, Lorenzo! tú me acibaras el beneficio que me haces. ¿ Qué diablos me traes á la memoria? ¿ Quieres que pierda las ganas de comer? »

— Si te hablo de tu deuda es para proporcionarte el medio de pagarla.

— ¿ De veras? »

— De veras, ¿ y te gustaria? »

— ¡ Si me gustaria! Vaya, aunque no fuera más que para no ver la mala cara que me pone el señor Cura siempre que nos encontramos. Y luégo aquello de: « Antoñuelo, no te olvides; ¿ cuándo nos hemos de ver para aquel asunto? » Á la verdad que cuando en el púlpito me mira, se me figura que me va á pedir en público las veinticinco libras: además que entónces me volveria el collar de mi mujer, que en el dia sería preciso convertirle en polenta. Pero...

— Déjate de peros. Si quieres hacerme un favor, están prontas las veinticinco libras.

— Habla.

— ¡ Pero!... — dijo Lorenzo poniéndose el dedo índice en los labios.

— Á mí no tienes que encargarme el silencio, ya me conoces.

— El señor Cura — continuó Lorenzo — va sacando cier-

tas razones sin sustancia para dar largas en mi casamiento, y yo quisiera salir del paso. Parece que poniéndose delante de él los dos novios con dos testigos, y diciendo yo, por ejemplo, *esta es mi mujer*, y Lucía, *este es mi marido*, el casamiento queda hecho sin remedio; ¿me entiendes?

— ¿Tú querrás que yo sirva de testigo? ¿No es así?

— Cierto.

— ¿Y pagarás las veinticinco libras?

— Seguro.

— Dáme esa mano.

— Pero es necesario buscar otro testigo.

— Ya le tenemos: el simple de mi hermano Gervasio hará lo que le diga; tú le darás para beber.

— Y también para comer. Le traeremos aquí con nosotros: pero, ¿sabrá representar el papel?

— Yo le enseñaré.

— Mañana, pues.

— Sí, mañana.

— Á la caída de la tarde.

— Muy bien.

— ¡Pero!... — dijo Lorenzo poniéndose otra vez el dedo en los labios.

— ¿Es posible? — respondió Antoñuelo, doblando la cabeza sobre el hombro derecho con una cara que parecía decir: Tú me agravias.

— ¿Y si tu mujer pregunta, como sin duda preguntará?...

— Son tantas las mentiras que le debo á mi mujer, que por muchas que le diga, me parece que nunca saldaremos la cuenta. Ya inventaré alguna novela con que acallar su curiosidad.

— Mañana por la mañana — dijo Lorenzo — nos pondremos de acuerdo en casa para que la cosa salga bien.

Con esto salieron de la hostería: Antoñuelo se fué á su casa estudiando en el camino el enredo con que habia de satisfacer la curiosidad de su familia, y Lorenzo á dar cuenta de los pasos que habia dado.

En este intermedio, Ines se habia cansado en vano tratando de convencer á su hija, que siempre respondia ya con la una, ya con la otra parte de su dilema: « ¿Ó la cosa es mala y no se debe hacer, ó no lo es? ¿Y por qué entónces no lo decimos al padre Cristóbal? »

Llegó en esto Lorenzo triunfante, hizo su relacion, y concluyó diciendo: « ¿Y bien? » expresion que equivale á decir: ¿No soy yo todo un hombre? ¿No sé yo hacer las cosas como se debe?



Duraba todavía la disputa...

Lucía meneaba la cabeza; pero Ines y Lorenzo, enervizados, poco caso hacian de ella, mirándela como á un niño, á quien, no pudiendo hacer entender la razon, se espera que luégo con súplicas ó por autoridad se le obligará á prestarse á lo que se quiere.

— Todo va bien, — dijo Ines, — pero ¿no te ha ocurrido una cosa?

— ¿Qué falta? — preguntó Lorenzo.

— ¿Y Perpétua? Á Antoñuelo y Gervasio los dejará en-